

TAMPOCO SOMOS ÁNGELES

Hablaba Virginia Woolf de la necesidad de asesinar al "Ángel de la Casa", a esa figura amable y protectora que debía habitar el hogar como una suerte de guardián de todo lo bueno, compasivo, trabajador, puro, un ser generoso y sacrificado dispuesto a lo que fuera por la felicidad familiar.

Aspirar a ser ángel del hogar no es un proyecto de vida demasiado sugerente. En eso estamos de acuerdo. Sin embargo hay que tener presente que las mujeres con discapacidad aún no han podido siquiera conquistar aquellos espacios tradicionalmente reservados a las mujeres sin discapacidad, sin que esto se entienda como una reivindicación que pretenda confinar en casa a las mujeres de este colectivo. Nada más alejado de nuestro propósito. Simplemente es la constatación de una realidad que nos puede servir para entender qué grado de marginación sufrimos las mujeres con discapacidad. Los obstáculos para elegir libremente tener o no un hijo pueden ser tantos como los que hay que sortear para encontrar un empleo.

En el imaginario social las mujeres con discapacidad no desarrollamos ningún rol, no existimos. Este "no ser" oculta la tremenda realidad de miles de mujeres que permanecen en las casas familiares con pocas posibilidades de decidir por sí mismas, realizando aquellas tareas de reproducción que supuestamente no pueden llevar a cabo por no estar "capacitadas", viviendo una vida ausente, para otros, cuidando a hijos ajenos, padres enfermos...

Ese trabajo invisible que durante siglos hemos venido realizando las mujeres y que nunca ha aparecido en los informes económicos ni en los PIB nacionales, también se nutre de las tareas que desarrollan las mujeres con discapacidad. Sólo que a éstas últimas ni siquiera les corresponde el reconocimiento social de lo que hacen, sencillamente porque no "existen".

Salir a conquistar los espacios públicos, ocupar cargos relevantes en la administración o en la empresa privada, romper esos transparentes techos de cristal es también una lucha nuestra, pero sin duda aún minoritaria. Quizá esto permita entender porqué el colectivo de las mujeres con discapacidad trabaja por resignificar el rol tradicional de las mujeres impregnándolo de contenido emancipatorio. Para muchas de nosotras poder optar por tener pareja, ser madres y vivir libremente nuestra sexualidad es aún una quimera.

Sería demasiado simple concluir que las mujeres con discapacidad desarrollamos estrategias de supervivencia buscando la inclusión en la mayoría siguiendo los estereotipos, como tantas veces hemos oído decir. La verdad es más sencilla que todo eso. Nosotras, ciudadanas de un país del primer mundo, soportamos un nivel de analfabetismo que ronda el 30% y una tasa de actividad laboral de tan sólo el 20%. Nosotras, no estamos en el hogar, no estamos en la oficina, no tenemos hijos, no somos parlamentarias, no nos casamos... ¿quiénes somos entonces?, ¿dónde estamos?.

Evidentemente no aspiramos a ser ángeles de la casa. Sólo queremos tener la posibilidad de elegir, poder optar por una formación que nos permita acceder a un puesto de trabajo, poder decidir si queremos ser madres porque nos apetece, poder presidir una asociación, en una palabra, ser las protagonistas de nuestra propia vida, participar como cualquier ciudadano o ciudadana en la comunidad, tener acceso al poder. Y el poder en todas las esferas de la vida.

Que el camino por recorrer es arduo lo sabemos, pero ya hemos empezado a hacerlo y creo que de una manera irreversible. Ya no hay marcha atrás.

M^a Ángeles Cózar Gutiérrez